

# ORGANICÉMONOS

## I

La unión y concordia entre los muchísimos buenos, sería un obstáculo inmenso al progreso de los malvados, que le obligaría finalmente a retroceder

*(Pío IX a los romeros españoles)*

Uno de los deberes más imperiosos que tenemos en nuestros días los católicos españoles es la organización. Somos los más, es cierto; pero casi siempre somos juguete de unos pocos atrevidos ó avisados, que acechan y aprovechan toda ocasión, por insignificante que sea, para avanzar o lograr sus planes infernales. Ya lo había predicho la sabiduría eterna, que los hijos de las tinieblas son más prudentes en sus cosas que los hijos de la luz. Y Pío XI, el Doctor universal é infalible en la Iglesia católica, lo ha recordado á nuestros hermanos españoles en ocasión solemnísimá, pronunciando las autorizadas palabras que sirven de epígrafe á esta serie de artículos.

Y esta falta de unión es mucho más lamentable en nuestra España, en los que somos hijos fieles de la Religión católica, que por sí misma es ya una perfecta e inmensa organización.

Es para nosotros una verdad que el mal de nuestros días, como los de todos los siglos, no se cura con organización ni asociaciones así como el mal social y político no se cura con cartas y constituciones y leyes. El espíritu es el que vivifica; no la carne o el ropaje exterior, que puede ayudar para dirigir a aquel, pero sin él no será otra cosa más que letra muerta: palabras, o a lo sumo, palabras escritas, que solo se recuerdan para faltar más descaradamente a ellas. Donde hay espíritu de sacrificio, donde reina el espíritu de Dios, fácil cosa es ordenar, organizar, obrar prodigios; mas donde este falte, es inútil, más aun, perjudicial el afanarse; cuanto más se trate de edificar, mayor será el descrédito después, porque no se podrá mostrar a las gentes otra cosa que un montón de ruinas.

Luego al tratarse de organizar, de ordenar, de edificar, no debe descuidarse lo que ha de contribuir más eficazmente a mantener la unión en este organismo; lo que ha de unir las piedras para levantar el edificio.

No decimos esto, Dios lo sabe, porque tratemos de disuadir la organización de las fuerzas católicas, sino para apuntar un dato esencial en este problema, sin el cual es imposible resolverlo bien. Y como muchas veces, y es lo ordinario en nuestros días, sucede que se cree haber remediado un mal con haber hecho una ley, o escrito un reglamento, sin cuidarse de otra cosa, damos aviso para que lo tengan en cuenta los que han de fijar las bases de esta organización católica.

La Iglesia católica, decíamos, es una perfecta organización. Allí está todo previsto, todo ordenado, todo reglamentado; y aunque se dice que para los justos no se hizo la ley, y que donde hay espíritu del Señor allí hay libertad, es para significarnos que el justo él mismo es la ley viva, práctica, que trae escrita en las tablas de su corazón. ¡Oh si todos los católicos fuésemos justos! No habría necesidad de nuevas leyes o reglamentos para estar perfectamente organizados.

Nunca como hoy día ha habido la monomanía o el prurito de reglamentarlo todo, de organizarlo todo. Las leyes, decretos y constituciones se suceden sin interrupción. Diríase que hay una fábrica que de continuo está elaborando nuevos sistemas, nuevos proyectos, que nacen hoy para morir mañana, o que mueren antes de nacer. De la nación vecina se ha dicho que si todos los reglamentos se extendiesen, habría para cubrir o empapelar toda Francia. Y los españoles, olvidados, o cuanto más nos separamos de la fe sencilla de nuestros padres, más nos vamos acercando a este modelo. Muchas leyes y reglas; pero para que las observen los demás. Quien hace la ley, generalmente trata de imponerla a los demás, quedando el libre. Todos nos creemos con un cacho de soberanía, y queremos ensayarla dictando leyes a los demás, quedando nosotros fuera de la ley. Por eso no es raro oír: Leyes hay que ni los mismos que las han hecho las entienden, y nuevas leyes han de declarar a otras. Si se desea, pues, que se observen, cuanto menos leyes o reglas se den, mejor.

Esto dicho, veamos la necesidad que hay de organizarnos los católicos para hacer frente a los males presentes.

Reconocemos que cambiadas las circunstancias debe modificarse la regla de conducta, así como los nuevos inventos y armas de guerra ha tenido de cambiarse la táctica militar. Y en nuestra España urge más esta organización por el modo nuevo de ser de leyes.

Hasta nuestros días, el Estado cuidaba de todo, lo vigilaba todo, como una madre solícita atiende en todas las cosas al bien de sus hijos. Mas hoy el Estado ha querido prescindir de este cuidado y vigilancia especial en el ramo de la Religión, rompiendo la unidad católica, y hemos quedado los españoles casi huérfanos en esta parte, obligados a cuidarnos por nosotros mismos y a atender a mil cosas de que hasta ahora desatendíamos, fiados en el buen celo de la Nación. Si hemos ganado o perdido con ello, está en la conciencia de todos, y no es ocasión ahora de entretenernos en lamentar tamaña desgracia, sino en excogitar medios prácticos para avivar la fe y sostener los intereses de Cristo Jesús y su Iglesia, trabajando con celo y supliendo lo que antes hacía el Estado. No se nos oculta que esta situación nueva nos impone deberes nuevos. No se nos oculta que nos hemos de ver algo embarazados al fijar una regla nueva de conducta que en todo sea acertada: pero estamos seguros, y acometemos esta empresa confiados que Dios no nos faltará con su auxilio. En ninguna nación hay elementos más poderosos que en España para constituir una organización robusta que pueda superar o al menos resistir a los embates de la impiedad. Tenemos la bendición del Padre Santo, prenda segura de que Dios la aprueba. Y si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros? Es verdad que miles de dificultades nos saldrán al paso; pero la fe y la confianza en Dios todo lo supera. “Trabajos habremos, pero venceremos,” repitamos con la animosa Heroína y Celadora de los intereses de Jesús en nuestra España, Teresa de Jesús, bajo cuya protección deseamos se forme esta organización. Daremos más detalles prácticos en el próximo número. Oremos entre tanto para que el Señor nos ilumine y de acierto al fijar las bases de la organización, y gracia para cumplirlas, a todos los católicos, a mayor gloria de Dios.

E. de O.

## DESDE LA SOLEDAD

Medité los años eternos.

Los años se pasan, vuela el tiempo, la muerte llama a la puerta y se acerca la eternidad... ¡Y nosotros no pensamos en ello!!!

Preguntémonos en todas las cosas: ¿Qué fruto sacaré de esto para la eternidad? Solo lo que ha de durar eternamente merece nuestro aprecio.

Tal vez no veremos el fin del año que principiaremos luego. Lo decíamos el año pasado y lo repetimos al presente al despedirnos del año p76, y saludar el 77: Cada hora, cada minuto, cada segundo alumbrará agonías, presenciará muertes. ¿Se dirá de nosotros al terminar el año próximo, como hoy decimos de tantos amigos: ¡descansad en paz!

No lo sabemos: sólo sabemos que debemos morir.  
Desde el día que nacemos a la muerte caminamos:  
No hay en qué menos pensemos,  
Ni que más cierto tengamos.

Si miramos cómo anda el mundo, la muerte no es un castigo, es más bien un beneficio.

Para los justos el morir, dice la seráfica Doctora, es comenzar a vivir para siempre. ¿Quién, pues, no llamará a la muerte como aquella hija de la gran Teresa:

Ven, muerte tan escondida;  
Que no te sienta venir,  
Porque el gozo de morir  
No me torne a dar la vida?

Oh vida mía! ¡Que has de vivir con tan poca seguridad!

¿Quién te deseará, pues la ganancia que de ti se puede sacar esperar, que es contentar a Dios, está tan incierta y llena de peligros?

¡Oh muerte, muerte! No sé quién te teme, pues está en ti la vida. Mas ¿quién no temerá habiendo gastado parte de ella en no amar a su Dios?

Ay de mí, ay de mí, Señor! Que es muy largo este destierro y pásase con grandes penalidades del deseo de mi Dios. Señor, ¿qué hará una alma metida en esta cárcel? ¡Oh Jesús! ¡Qué larga es la vida del hombre, aunque se dice que es breve! Breve es, mi Dios, para ganar con él la vida que no se puede acabar; mas muy larga para el alma que se desea ver en

la presencia de su Dios. ¿Qué remedio dais a este padecer? ¡No le hay sino cuando se padece por Vos! Oh mi suave descanso De los amadores de mi Dios!

Oh gente interesal, codiciosa de sus gustos y deleites, que por no esperar un breve tiempo a gozarlos en abundancia, por no esperar un año, por no esperar un día, por no esperar una hora, y por ventura no será más que un momento, lo pierden todo, por gozar de aquella miseria que ven presente. Oh, oh, oh, qué poco fiamos de Vos, Señor! ¡Cuántas mayores riquezas y tesoros fiasteis Vos de nosotros!

¡Oh válame Dios, Señor! ¡oh válame Dios! ¡Oh qué dureza! ¡Oh qué desatino y ceguedad! Que si se pierde una cosa, una aguja, o un gavilán, que aprovecha de más de dar un gustillo a la vista de verle volar por el aire, nos da pena; que no la tengamos de perder esta águila caudalosa De la Majestad de Dios, y un reino que no ha de tener fin el gozarlo! ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? Yo no lo entiendo: remediad, Dios mío, tan gran desatino y ceguedad.

¿Qué haré yo para contentaros, o verdadero contento mío y Dios mío? Miserables son mis servicios, aunque hiciese muchos a mi Dios: pues ¿por qué tengo que estar en esta miserable miseria? - Para que se haga la voluntad de Dios. ¿Qué mayor ganancia? Espera, espera, ánima mía, que no sabes cuándo verná el día, ni la hora. Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad. Mira que mientras más peleares, más mostrarás el amor que tienes a tu Dios y más te gozarás con tu Amado con gozo y deleite que no puede tener fin.

¡Qué miserable es la sabiduría de los mortales e incierta su providencia. Proveed Vos por la vuestra los medios necesarios, para que mi alma os sirva más a vuestro gusto que al suyo. No me castigéis en darme lo que yo quiero o deseo, si vuestro amor (que en mí viva siempre) no lo desee. Muera ya este yo, y viva en mí otro que es más que yo, y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir: Él viva y me dé vida, Él reine y sea yo cautiva, que no quiere ini alma otra libertad. ¿Cómo será libre el que del Sumo estuviere ajeno? ¿Qué mayor ni más miserable cautiverio, que estar el alma suelta de la mano de su Criador? Dichosas los que con fuertes grillos y cadenas de los beneficios de la misericordia de Dios se vieren presos e inhabilitados para ser poderosos para soltarse. Fuerte es como la muerte el amor, y duro como el infierno.

¡Quién se viese ya muerto de sus manos y arrojado en este divino infierno, de donde, ya no se esperase poder salir, o por mejor decir, no se temiese verse fuera! Mas ay de mí, Señor, que mientras dura esta vida mortal, siempre corre peligro la eterna. O vida enemiga de mi bien, y quién tuviese licencia de acabarte: súfrote porque te sufre Dios, y manténgote porque eres suya; no me seas traidora ni desagradecida. Con todo esto, ay de mí, Señor, que mi destierro es largo: breve es todo tiempo, para darle por vuestra eternidad; y muy largo es un solo día, y una hora para quien no sabe, y teme si os ha de ofender. Oh libre albedrío tan esclavo de tu libertad, si no vives enclavado con el temor y amor de quien te crió! Oh cuándo será aquel dichoso día, que te has de ver ahogado en aquel mar infinito de la Suma verdad, donde ya no serás libre para pecar, ni lo querrás ser, porque estarás seguro de toda miseria, naturalizado con la vida de tu Dios! Él es bien aventurado, porque se conoce, y ama, y goza de sí mismo, sin ser posible otra cosa no tiene, ni puede tener, ni fuera perfección de Dios poder tener libertad para olvidarse de sí, y dejarse de amar. Entonces, alma mía, entrarás en tu descanso, cuando te entrañares con este sumo bien, y entendieres lo que entiende, y amares lo que ama, y gozares lo que goza: Ya que vieres pérdida tu mudable voluntad, ya, ya no más mudanza, porque la gracia de Dios ha podido tanto, que te ha hecho particionera de su divina naturaleza, con tanta perfección, que ya no puedas, ni desees poder olvidarte del sumo Bien, ni dejar de gozarle junto con su amor. Bienaventurados los que están escritos en el libro desta vida. Mas tú, alma mía, si lo eres, ¿por qué estás triste y me conturbas? Espera en Dios, que aun ahora me confesaré a él mis pecados, y sus misericordias, y de todo junto haré cantar de alabanza con suspiros perpetuos al Salvador mío y Dios mío: podrá ser venga algún día cuando le cante mi gloria, y no sea compungida mi conciencia, donde ya cesarán todos los suspiros y miedos: mas entre tanto en esperanza y silencio será mi fortaleza. Más quiero vivir, y morir en pretender y esperar la vida eterna, que poseer todas las criaturas y todos sus bienes que se han de acabar. No me desampares, Señor, porque en ti espero no sea confundida mi esperanza, sírvate yo siempre, y haz de mí lo que quisieres.

El Solitario.

## PEREGRINACIÓN A LA CUNA Y SEPULCRO DE SANTA TERESA DE JESÚS

La idea de una peregrinación a la cuna y al sepulcro de santa Teresa de Jesús indicada por nuestro querido amigo el Solitario el pasado número de nuestra *Revista* ha hallado buena acogida en los numerosos y entusiastas amantes de Teresa de Jesús; y lo que es más aprueben y bendicen esta proyectada Romería varios Prelados a quienes hemos tenido la honra de consultarlo. El tiempo más a propósito tal vez sea el verano, época en que probablemente llegará el ferro-carril a Salamanca, y será mucho más fácil y cómodo trasladarse de allí a Alba de Tormes, que solo dista unas dos leguas que se pueden hacer en coche, si fuese necesario, pues hay muy buena carretera. A Avila llega ya el tren, y es mucho más expedito el viaje.

Conviene a este siglo de indiferencia y descreimiento mostrarle el prodigio de amor y de fe que se descubre en el corazón transverberado y espinado de santa Teresa de Jesús. Ella, la compatrona de España, principal celadora de los intereses de Cristo Jesús, pues a nadie le ha confiado de un modo tan especial el mirar por su honra en nuestra patria, es la que ha de inutilizar los esfuerzos del infierno, que trata de aclimatar en nuestro católico suelo el asendereado Protestantismo.

Para muchos amantes de la gran Santa la principal dificultad para hacer esta Romería consistirá tal vez en la falta de recursos. Imiten en este caso a una celadora del Rebañito del Niño Jesús de Tortosa, que al oír en la junta general del pasado mes la lectura de la *Revista* trataba de dicha peregrinación teresiana, al día siguiente vino llena de entusiasmo a escribirse a ella y a enterarse de lo que costaría el viaje, diciéndome: "Yo vendré a Ávila a ver donde jugaba y corría y oraba santa Teresa de Jesús, y después a Alba de Tormes a ver su corazón y venerar su santo cuerpo. - ¿Y con qué recursos cuentas para el viaje? - Ya tengo 6 reales. El primer día recogí una peseta, hoy media peseta, y cada día recogeré otro tanto. - ¿Ya cuentas con el permiso de tus padres? - Mi madre me acompañará, y si no, mi hermana, que ya es de edad. Yo quiero ir a ver el corazón de santa Teresa, a adorarlo, y a pedirle muchas cosas, y a depositar junto al suyo mi corazón. - Bien, hija mía me satisfacen tus piadosos deseos. Pídele a la Santa de nuestro corazón que puedan pasar a obras. Ella lo haga como sabe y puede, abogada de los imposibles, como la llaman, y espero que lo ha de acreditar en esta ocasión de un modo ruidoso."

Lo mismo repetimos a tantos corazones que desean volar a ver con sus propios ojos las maravillas que les han contado de este Serafín del Carmelo, visitando lugares que santificó la gran Heroína con su presencia.

E. de O.

## LA GRAN NEGOCIADORA

Si no lo viéramos, no lo creeríamos la justicia que se hace a la Santa de nuestro corazón, cuando se la apellida con el singular título de *gran Negociadora*. Tiene santa *Teresa de Jesús* todas las virtudes; pero la que más descuella en todas sus cosas es el celo por la honra de su Esposo Jesús, el que por su genio vivo, activo y emprendedor, la hacía traviesa, bullidora, atrevidilla, rara, andariega, de empuje, y santamente revoltosa. Aun en el cielo conserva la Santa su carácter, y parece lo va comunicando a sus amigos y allegados. "Muchos amigos tiene la Santa, nos escribe una de sus más animosas hijas; pero se a todos enviase el trabajo como a mí ¡cuán pocos le quedarían! En vista a los contratiempos y enredos que se presentan y se suceden sin interrupción en las obras que emprendo a su mayor honra, casi estoy por llamarla la Santa de las trapisondas, pues al rodar su nombre luego se levanta ruido y hay desusado movimiento."

Esta verdad nosotros tenemos ocasión de experimentarla repetidas veces todos los días. De cada vez nos vamos arraigando más y más en la convicción profunda que ya formamos desde el primer día que conocimos a nuestra sin par Heroína, que las cosas de santa *Teresa de Jesús* no siguen el curso ordinario de las demás; que donde mete la mano, o va mezclado el nombre de *Teresa de Jesús*, han de verse cosas extraordinarias. Por eso hacen mal, e infieren grave injuria a nuestra Amada y gran Negociadora los que juzgando las cosas que se relacionan con sus intereses con sus intereses con un criterio común y vulgar.

No, las cosas de santa *Teresa de Jesús* van por lo común por una vía extraordinaria. Al ver a estas tales juzgar de las cosas en que interviene la Santa, o está interesado su buen nombre o la honra de su Jesús, del mismo modo con que juzgan las cosas ordinarias, no podemos menos de exclamar volviéndonos a la Santa de nuestro corazón: “Perdónanos, Santa mía; no saben lo que dicen ni lo que hacen. Si te conocieran, de fijo que no te insultarían de esta suerte.”

Entre mil escogemos una prueba que no nos dejará mentir. Aun no hace un año cuando tratábamos de convencer a un amigo nuestro, sacerdote muy celoso, para que trabajase para instalar la Congregación teresiana en su parroquia, una de las más importantes y perdidas de este proyecto, ponderándonos la poca fe, la ninguna frecuencia de Sacramentos, lo distraídas que se hallaban las doncellas con las diversiones y pasatiempos del mundo, pues no había apenas dos de quien se pudiese fiar. A cada reparo, por cada respuesta solo le repetíamos: *Ideo*: por lo mismo debe venir santa *Teresa* con su inseparable Jesús a ese pueblo. - Pero si nadie hará caso, lo tomaran a burla. - *Ideo*. - Pero si aunque ahora ingresen algunas, dentro de dos meses lo dejarán, como han hecho con otras cosas. - *Ideo*. - Pero si no saben qué cosa es la oración, y apenas van a misa los días festivos. - *Ideo, Ideo*. Por lo mismo, por lo mismo debe venir *Teresa de Jesús* Todas las razones y argumentos que me opones, son para mí otras tantas pruebas que demuestran con fuerza irrecusable que debe venir pronto santa *Teresa de Jesús*, a derretir el hielo, a avivar aquella fe, a reanimar aquellos corazones. Que te lo perdone la Santa la injuria que le infieres por no conocerla; pero pruébalo, amigo mío, y veras lo que te digo. Santa *Teresa de Jesús* es abogada de imposibles. A ella no le gustaban, ni le gustan, las cosas fáciles: en las difíciles y desesperadas quiere mostrar su poder. ¿Reconoces la gravedad de la dolencia, y no aceptarás la medicina eficaz? Abre, amigo mío, abre las puertas de tu parroquia a la gran Bullidora, y verás cosas grandes.

Nos despedimos del amigo, y pasados dos meses nos escribía: “Venga Santa Teresa de Jesús, y venga pronto; a ver si se acredita en este pueblo donde apenas queda fe. Tiene ancho campo y sobradas ocasiones para acreditarse de celestial Baratona, Bullidora y Negociadora. Si sale bien en esta empresa, bien podrá ya establecerse su Archicofradía en las parroquias más perdidas. Reconoceré en este caso que la providencia quiere valerse del nombre e intercesión de Teresa, la gran Heroína, para obrar milagros y regenerar el mundo”.

Ha ido Teresa de Jesús, y con sus gracias y celestiales atractivos ha logrado reanimar la fe en muchas almas, ha mejorado innumerables corazones, y ha arrebatado y continúa arrebatando a Satanás muchas almas todos los días por el espíritu de oración y de celo por los intereses de Jesús que se ejercita por medio de la Congregación de su nombre, del Rebañito del Niño Jesús, que cuenta con más de cien niñas pequeñas, y de la escuela dominical, a la que concurren por término medio ochenta jóvenes ya adultas y de las más distraídas.

“En verdad, exclama nuestro amigo al ver ahora la frecuencia de Sacramentos y tanta abundancia de gracias, en verdad es Teresa de Jesús gran Santa, excelente Negociadora de los intereses de Jesús. Se ha acreditado por completo, y en todas partes quisiera que fuese conocida y amada, pues hay vinculadas en su devoción innumerables gracias”.

Nosotros solo repetiremos aquí, y concluimos por hoy, el dicho de nuestra Santa acerca de la devoción de San José, aplicándolo a la de Santa Teresa también: “Pruébelo quien no lo creyere, y verá por experiencia cuán gran bien es encomendarse a la santa de nuestro corazón y tenerle especial devoción”.

C.

## LO QUE PASA

### I.

¡Qué hermosas son las tardes de otoño!

Su hermosura, ya lo sé, no es la sonriente y virginal de las mañanas de abril y mayo, ni la espléndida y brillante de las tardes del estío; pero en cambio tiene tonos de mayor suavidad, una dulzura más íntima, y un secreto y melancólico encanto que penetra el corazón.

¡Qué tibios son esos rayos de sol al filtrarse por esas nubes que entoldan el cielo, semejante a un mar rizado de ondas azules, y que bajan a bañarlo toso en dulce y agradable claridad!

El río retrata en sus transparentes aguas los mismos suaves colores, la misma apacible calma, la misma placidez.

Las pequeñas olas que lamen, pasando, las orillas del río, exhalan como un hondo quejido, que despierta en el corazón tristes memorias.

Las brisas gimen también al batir con sus húmedas alas los árboles de la ribera, que no parece sino que lloran la pérdida de su gallarda pompa.

Y las hojas caídas, amarillas ya, como cuentan que son los recuerdos de ayer, cuando el viento las arremolina a lo largo de las sendas desiertas o contra alguna margen escondida, lanzan también voces extrañas que a mi me parecen sollozos entrecortados.

¡Mira que azules se columbran allá a los las montañas, que suaves son sus contornos, qué graciosas sus siluetas!

Diríase que las envuelve una leve gasa de vaporoso azul que con su sombra de misterio las idealiza.

Esta morbidez agradable y contagiosa, esta dulzura penetrante, esta mística y hermosa palidez, esta voz plañidera, este algo que no tiene nombre, que habla en silencio al alma, que al corazón le recuerda cosas que fueron, todo este misterio de melancólica poesía, digo, no lo hallarás sino en las tardes de otoño.

Por una tarde como estas yo daría de buen grado todas las tardes de la primavera del estío.

Si no te hubieses de burlarte demasiado, yo las acompañaría a la belleza de una virgen que se recata inútilmente tras un velo de candores, sin acertar a apagar del todo la blanda luz de sus pupilas que el lloro humedece y hermosea...

---

Todo esto que antecede me lo decía un amigo mío, con quien iba yo paseando y oyendo al mismo tiempo sus melodías, una de las últimas tardes de octubre, por una senda que bordea las orillas del Ebro.

Es una de esas almas soñadoras las más a propósito, según dicen, para desentrañar esos misterios de sentimiento y de poesía que se ocultan en el fondo de las bellezas de la creación.

Una de esas almas, a quien yo digo cuando salimos los dos de paseo:

- Chico, que no te dejes la lira.

Aunque, a decir verdad, casi sin ser poeta, como lo es mi amigo, uno se pone a cantar recorriendo la vega deliciosísima que el majestuoso Ebro atraviesa como en triunfo.

Largo rato habíamos andado, disfrutando de aquellas perspectivas apacibles, que mi amigo con tanto embeleso pintaba, cuando hemos llegado a un hermoso pueblecito, ceñido de una parte por el río y de otra de un abundante y hermoso canal que malamente puede llamarse de riego por lo poco que riega, si bien abastece de agua a unos molinos, después de embellecer, aun más de lo que lo están los sitios por donde pasa.

- ¡Jesús, que hermoso pueblecito será ese! Dirán ahora mis lectores; ¿cómo se llama?

- ¡Lo habéis dicho ya!

- ¡Cómo, si no lo sabemos!

- ¿No habéis exclamado: Jesús? Pues Jesús se llama.

Y ahora, Dios me perdone, me parece oír a alguna de mis lectoras (por cortesía me dirijo a ellas) que me dice con una más inocente que maliciosa sonrisa:

- ¿De Jesús hablamos? Pues no estará lejos su Teresa.

- Pues cabalito, -le digo yo a mi vez. - Pero, ¡Cuidado con ahí la puse! Esta vez no seré yo quien ate esos cabos (que siempre lo están), sino que vendrá una abuelita, sí, una de esas abuelitas, con quienes al tener yo la dicha de topar, me dan a mí, con la mayor generosidad del mundo, no pequeña materia para, sin costarme casi nada, entretener sabrosamente a mis lectores. ¡A ellas, las modestas y anónimas autoras, prez y gloria!

- ¿Pero que nos cuenta la abuelita?

- Lo van a saber Vds. Pero ¡canario! Descansemos un momento.

## II.

Siguiendo el mismo camino por donde hemos entrado en el pueblecito, que tan hermosamente se apellida, y atravesada la calle en que dicho camino se convierte, una vez nos hallamos ya en el campo, cerca de las últimas casas, encontramos a una mujer anciana, que con una muchacha estaba hablando bajo un antiguo y pomposo algarrobo.

Las saludamos como era regular; pero la mujer anciana, sin contentarse con devolvernos el saludo, dirigiéndose a mí, me dijo:

- ¿Ha visto V. qué providencia de Dios?
- Dígame V., abuelita, que yo nada sé.
- ¿No lo sabe V.? Ahora se lo estaba diciendo a esta niña. ¡Una ha visto tanto! ¡Ay señor! Los años... ¡cuánto enseñan los años!
- ¡Oh! Sí, señora; pero oiga V., abuelita: ¿qué le contaba V. a la muchacha?
- ¡Cá! No, señor. ¿Qué hemos de decir sino lo que pasa? Pues no decía sino que es grande la providencia de Dios, hace muchos años, muchos años, cuando yo era niña... ¿ven Vds. aquella pared? (Y la anciana nos señalaba la pared de unas casuchas edificadas sobre un altillo cercano). Pues allí mismo, en medio de aquellas ventanillas, miren Vds., que aun se ve aquel espacio más enjalbegado que lo demás de la pared; pues allí como digo, había antiguamente abierto un nicho, donde se veía imagen la más hermosa que Vds. Han visto. ¡Cuántos Padre nuestros le he rezado yo al pasar por delante! Si les digo a Vds. Que yo no he visto cosa tan hermosa como aquella cara. Aun ahora mismo, al pasar por aquí, pienso en Santa Teresa de Jesús. ¡Vamos, no sé por qué taparon aquel nicho y quitaron la imagen! ¡Tan hermosa fiesta que le hacíamos todos los huertos vecinos! Crean Vds. Que aquello era de ver. Una ya es vieja y se alegra con solo recordarlo. Por la noche, nos reuníamos aquí todo el día de la Santa bendita, se encendían todas las velas que allí ponían los devotos, rezábamos con nuestros padres el santo Rosario, la gaita y el tamboril acompañaban las coplas, y finalmente los Gozos, que después de todo se cantaban. No, ya les digo a Vds. que no faltábamos una sola vez. Porque no crean Vds.: después de rezar y cantar a santa Teresa, también había su rato de jolgorio, eso sí, para la gente moza, porque ya sabemos lo que son los jóvenes, y el divertirse no es malo, cuando se hace como Dios manda. ¡Ay señor! ¡Y cómo pasó aquel tiempo! ¡Cuán diferentes eran de los que ahora corren! Les digo a Vds. Que no puedo ponerme a pensar en ello. Aquello era divertirnos santamente y a la presencia de nuestros padres, y después de encomendarnos a Dios, rezando todos juntos...Pues, señor, como decía, hacíamos una grande fiesta el día de santa Teresa, hasta que un día, ¡ día triste para esta huerta! El nicho de la pared fue tapiado, ni vimos ya más a Santa Teresa. Crean Vds. Que al pasar por aquí y al levantar los ojos para saludar a mi querida santa, como solía, no sé lo que pasó por mí viendo que habían quitado de su lugar la imagen. Ya lo sé que aquellos eran tiempos muy malos; pero ¿Quién se había de meter con aquella bendita imagen? Pero, lo que yo digo: ¡cuán grande es la providencia de Dios!
- ¿Cómo es grande esa Providencia? La interrumpí yo a esta sazón.
- ¿Y aun dice V. cómo? Contestó ella. ¿Pues no lo ve V.? Allí en aquel nicho de la pared era honrada la Santa, aunque de un modo pobre y humilde, como pobres somos nosotros, pero al fin se la honraba. Luego no se le honró de ningún modo. Eso no le debió gustar á Jesús, quien -eso Uds. lo sabrán mejor que yo-, según he oído a predicar, le dijo á santa Teresa que su honra era la del mismo Jesús. ¿Esas tenemos? se debió decir su Divina Majestad. ¿No quieren honrarte de esta humilde manera. Teresa mía, en este sitio? Pues calla, que yo haré de manera que te honren y te alaben y glorifiquen en este mismo lugar, pero de una manera más solemne y ruidosa. Ya lo ven Uds. Ahí mismo se esta construyendo un convento de santa Teresa. Está visto que la Santa no quiere separarse de este lugar. Se conoce que le ha tomado ley. ¡Ay Dios Mío! Ya quisiera que estuviesen dentro las monjitas, para poder pasar muy buenos ratos en la iglesia, y en el locutorio, y... Vamos, me volveré loca de alegría cuando tengamos entre nosotras las monjitas de santa Tersa. No, les aseguro á Uds. Que no les faltarán regalitos. ¡Pobrecitas mías!
- Ciertamente, le dije yo; es toda una felicidad para un pueblo el tener el convento.
- ¿Pues no ha de ser? ¡Bribonazos! Dios me perdone, pero no puedo oír hablar de ello. Unos padres Jesuitas teníamos ahí mismo, en el convento, y sin saber por qué sí, ni por qué no, nos lo sacaron. ¡El llanto que hubo en todo el pueblo!
- Pero, no se atribule V., mi buena abuelita, le dije yo viendo que se entristecía. El buen Jesús está viso que quiere favorecer á este pueblo que lleva su divino nombre. Hicieron los hombres desaparecer de él á la Compañía de Jesús; hoy en cambio pone aquí un convento de religiosas de santa Teresa de Jesús. ¿No ve V. cuán grande es la providencia de Dios, como V. decía bien?
- Y tiene V. Razón, señor; porque Dios siempre es Dios. Y ahora Vds. Perdonen por haberles detenido aquí en el camino. Vayan Vds. Á ver las obras del convento, que yo les aseguro que se van á alegrar Vds, al ver la manera como suben las paredes. No puede ser sino que la Santa ayuda á los albañiles.

Después de despedirnos de la abuelita, nos hemos subido á ver las obras del edificio, como aquella nos había aconsejado. Y ciertamente, me sorprendió el ver como todas las paredes en muy poco tiempo habían subido hasta el primer piso. Casi me dio á pensar, como la abuelita, si por allí andaba mezclada entre los albañiles la gran Bullidora, como solía ella estarlo en sus fundaciones cuando vivía.<sup>1</sup>

Un respetable sacerdote que allí encontramos tuvo la amabilidad de acompañarnos por aquellas divisiones y departamentos, explicándonos minuciosamente el objeto de cada uno de ellos.

El sitio es despejado y ventilado, la situación deliciosa, la fábrica promete ser sólida y fuerte, los departamentos relativamente desahogados y grandes. Lo que debe ser patio del convento es en cuadrado muy extenso, permitiendo la formación de un buen jardín

Mi amigo, aquel amigo que suele esparcir mi ánimo con las halagüeñas imágenes de su alegre y regocijado magín, me decía al oído.

- ¿ No lo ves ¿ A través de los árboles y de las flores, y á la sombra del emparrado que ciñe el jardín, yo ya veo pasar cual cándidas palomas, con sus capas blancas, cuyos holgados pliegues, al resbalar sobre la arena de las sendas, producen un rumor parecido al ruido de las alas invisibles. A través de las enredaderas y de las ramas de los naranjos que sombrean esas ventanas que dan al patio ¿no las ves?... Pues a mí me parece divisar tocas blanquísimas, tan blancas como el alma de las castas esposas del Señor.

Mi amigo, como si se atreviese á descorrer el velo del porvenir, á la manera de un vidente, continuaba diciendo:

- Aquí, por este lado de la izquierda, aplico yo mis oídos, y percibo como si fuera un lejano eco de plegarias tiernas, confundidas como resonancias de órganos, y algo más lejos, bajo un alta bóveda, me parece como si distinguiera, entre una nube de vaporoso incienso, un brillante sol de oro, que ciñe al Sol de Justicia, á quien todo un pueblo adora de rodillas.

Las palabras de mi amigo me hicieron esta vez meditar profundamente.

Pero se hacia tarde, según nos lo avisaron las lejanas cumbres del Occidente, bañadas con los últimos y tibios resplandores del día.

Bajamos otra vez al camino, para volvernos á casa sin detenernos ya más.

Una elegante y distinguida señora, acompañada de dos preciosas y hermosas niñas, que venían al parecer de un huerto vecino, llega casualmente á juntarse con nosotras.

- ¡Tan tarde Vds. Por aquí! Nos dice la señora, á quien reconozco en seguida.  
- ¿ Qué quiere V..? le digo yo; nos hemos detenido un poco en las obras del convento.  
- ¡Vea V.! ¡Qué milagro! ¡Un convento en estos tiempos tan malos! exclamaba aquella buena señora.  
- ¿Pues no le parece a V. que ahora es cuando mejor se necesitan? le pregunté.  
- ¿Y quien duda? En los tiempos de prueba se ven los verdaderos amigos .Ellos no descansan en su obra de destrucción. ¿Y nosotros no hemos de edificar? ¡Si V. supiese la alegría que me da esa fundación no lejos de mi huerta! ¡Quién sabe, ya que yo no pueda, si alguna de mis hijas vivirá y morirá dentro de ese santo recinto!

Entonces observé que las niñas hablaron en secreto á su mamá, á quien yo pregunte:

- ¿ Qué dicen las niñas, que yo no las entiendo?  
- Sabe V. qué dicen? Que sí, que sí; que quieren ser monjitas de ese convento.  
- Pues, hijitas mías, cuidado no os pasen delante; les dije sonriendo. Mirad que yo sé de una niña, y no será mayor que vosotras, que ya ha escrito su nombre en la pared de una celdita para que nadie se la tome. Con que ya lo sabéis.  
- Pues que á nosotras también nos guarden una, repusieron las niñas dirigiéndome una mirada suplicante y cariñosa.  
- Eso está ya hecho, pasaré aviso; les conteste.

La mamá se sonreía de gozo oyendo nuestro animado diálogo con sus niñas, contentándose con decirles por su cuenta:

- Sabe Dios que no me opondría á ello, hijas mías.

Con esto nos despedimos de aquella cristiana y distinguida señora y de sus hijas, que entraron en una casa del pueblo.

Nosotras tomamos el camino de la ciudad, pero siguiendo la orilla del canal.

(Se concluirá )

---

<sup>1</sup> como quiera que esto se escribiese primeros del último noviembre. Hoy podemos decir que el edificio está ya mucho más adelantado, estando casi cubierto todo él. En los números próximos daremos más detalle con el favor de Dios

## EL AGUINALDO.

### A los niños y niñas.

¡Hola! ¡hola! ¿Con que os gusta el título, mis queridos niños y niñas? ¿Con que os agrada la primera palabra de este escrito que quiero yo dedicaros, y que adrede he puesto en letras gruesas para que mejor os llame la atención?

Paraos aquí, pues; no saltéis las hojas, niños traviesos, y, sobre todo, vosotras, graciosas curiosillas; que de aguinaldos quiero hablaros, y vais a tener también *mi aguinaldo*.

¡Pues no faltaba más. En llegando estas alegres Pascuas de Navidad, ya se sabe, los dientes se os hacen agua, pensando en los aguinaldos.

Yo de mí sé deciros, que cuando era niño como vosotros y vosotras, por más que esos fueran los días más fríos del año, para mí no eran sino los más calientes. Como que me fatigaba hasta el punto de derramar mares de sudor.

Y, sobre todo, cuando en el corazón se lleva un buen acopio de alegría y contento, ¿se puede tener, decidme por vida mía, se puede tener frío?

Y vosotros bien se os conoce que estáis alegres. ¡Vaya si lo estáis! Con decir que son estas las fiestas de los niños, está ya dicho todo.

¡Dichosos vosotros, niños y niñas cristianos, en cuyos labios de rosa vaga aquella sonrisa inocente y pura que vagaba un día en la dulce boca del inocentísimo y divino Niño de Belén!

Casi, casi os tengo envidia, me agrada confundirme hoy con vosotros, y tomar parte en vuestras alegrías, y hablar como habláis vosotros, y sentir como sentir sabe vuestro corazón.

¿Pero dónde me lleváis ahora?

¡Si lo decía yo! No podían ellos llevarme a otra parte, sino a ver el pesebre, y adorar allí al Niño, y mirar los pastores y los Reyes Magos, y que sé yo que más.

¡Qué hermosura de Niño!"... Esperaos. No vayáis tan pronto a adorarle. Contemplémosle un poquito antes.

Su carita es de lo más hermoso que se pueda pensar. No parece sino un manojito de rosas y azucenas.

¿Qué os parece a vosotras, Carmen y Pepita? Y vosotros, ANTONIO Y Ramón, ¿Qué es lo que me decís?

- A mí me gustan más aquellos ojillos que tiene, que parece que me están mirando.
- Pues a mí aquella boquilla pequeñita y graciosa, con que parece que nos va a decir alguna cosa.
- Callad, que os olvidáis de las manitas que parece que se menean. Mirad, como parece que nos está llamando con ellas, tan blancas como la leche
- Pues ¿y sus cabellos de oro? ¿Y sus piececitos de azúcar? ¿Y todo él tan mono y tan garrido?

Tenéis razón, amiguitos míos. Es el Hijo más hermoso entre los hijos de los hombres. Su hermosura divina cautivó a los pastores, a los Reyes Magos, y, después de ellos, a todas las almas inocentes y a todos los corazones puros que han existido sobre la tierra.

Y vosotros, mis queridos niños y niñas, ¿no es verdad que amáis mucho al Niño Jesús?

- Sí, ¡yo le quiero más que todos!
- ¡No, que soy yo!
- ¡Yo!
- Callad, no gritéis tanto; ya lo sé mis queriditos; ya sé de buena tinta que amáis mucho al más amable y deseable entre todos los niños.

Pero, mirad; no os enfadéis si os digo que muchas veces no le amáis.

¿Y me preguntáis cuando es eso?

Pues es cuando no obedecéis a vuestros padres, cuando reñís unos con otros, cuando decís mentiras y malas palabras, cuando os burláis de los demás, cuando hacéis alguna cosa mala y os dejáis las oraciones de la mañana y de la noche, y sobre todo el cuarto de hora de oración.

Entonces, oídllo bien, hijos míos, no digáis que amáis al Niño Jesús, porque si le amaséis, no le ofendierais con esas faltas y con esos pecados.

¡Ay, si vosotros supieseis cuánto desagradan al Niño Jesús esos pecados que vosotros hacéis! Mucho padeció el pobrecito y dulce Niño naciendo en el rigor del invierno, teniendo por cuna unas pajas, por colgaduras las telarañas, por palacio un pobre establo, por cortesanos las pobres bestias que allí estaban; pero más que el frío, el hambre, la desnudez y la pobreza, más que todo eso, le hizo padecer ya entonces, y le ofende hoy mismo, vuestro mal comportamiento, vuestras travesuras y vuestros pecados.

Vamos, queriditos míos; ¿queréis que el dulce Jesús no se aflija, ni se enoje nunca con vosotros, que os mire siempre con amor, y os sonría con cariño?

Pues, mirad; no os olvidéis que el dulcísimo Niño os está viendo siempre que oye vuestras palabras; y. Lo que más aún, penetra y sabe bien todos vuestros pensamientos y deseos.

Si lo hicieseis así, mis queridos niños y niñas, yo os aseguro que seríais todos unos santitos y unas santitas, siendo muy amados del Niño Jesús, y queridos de vuestros padres y maestros.

Pero, ¿qué tiene Carmencita? Y Ramón ¿qué es lo que dice entre dientes?

¿Que ya quieren adorar al Niño Jesús – vamos, pues. Pero prometedle, al adorarle, que de hoy en adelante seréis más buenos y le amaréis de todo corazón.

Y decidle como aquella hermosa niña de solos cinco o seis años, a quién preguntándole su madre, delante de mí, hace pocos días:

- ¿De quién eres?
- De Jesús, respondía la niña.
- ¿Dónde lo tienes? Preguntaba la madre.
- Aquí, contestaba la graciosa niña señalando su corazón.
- ¿Quieres que salga? Añadía la madre.
- No; antes morir, contestaba la pequeñita resueltamente.

Antes morir, mis queridos niños y niñas, que permitir que el Niño Jesús salga de vuestro corazón por el pecado.

Y pues habéis adorado ya al Niño de belén, como le adoraron los pastores, si no lo hubieseis de ir a contar a nadie, os enseñaría las hermosas cartitas que he recibido hace poco, firmadas por niños y niñas como vosotros.

- ¡A ver! ¡a ver!

¡Caracoles con estos niños! Todo lo quisieran ellos ver y palpar en un santiamén. Esperad, que llevo algunas, y he de escoger antes. Sí; primero os leeré esta, y la firman unos niños de la Catequística.

“Ya sabe V. (me dicen) que todos los años hacemos la adoración al Niño Jesús, y este año no ha de ser menos. Habrá pastoras y zagalas, que ya tenemos las zamarras, y ellas tienen sus vestidos de pastora. Nos han regalado un Niño muy guapo. De versos ya sabemos algunos, pero quisiéramos saber este año de nuevos, ya que todo lo demás es también nuevo. Mi primo José traerá un corderito muy manso para ofrecer al Niño, y me parece que no será como el del año pasado que comenzó a dar balidos. A ver, pues, como nos va a hacer unos villancicos nuevos.

Conque ¿Qué os parece la función que preparan esos niños?

Pero, escuchad esta otra cartita que me han escrito unas niñas de un pueblo.

Pero, ¿a qué no adivináis como se firman esas niñas?

¡Si no lo acertaríais! Pues se firman: Las ovejitas del rebañito del Niño Jesús.

Y son en verdad, amiguitos míos. Porque habéis de saber que son más de doscientas las niñas pequeñitas de aquel pueblo que, formando coros de a doce cada uno, todos los días hacen su ratito de oración, y todos los domingos se reúnen en la iglesia, dirigidas por sus pastoras, que son un poco más grandecitas, y allí obsequian y regalan al Niño Jesús con el cuarto de hora de oración, rezos y cantos. Os digo que edifican y consuelan aquellos pobrecitos angelitos.

“Hemos sabido (me dicen aquellas niñas) que en ésa hacen unos Niños Jesuses muy bonitos, pues ya nos puede V. enviar uno. Cuidado, que ha de ser el más hermoso de todos. Mire que todas las niñas del rebañito siempre están preguntando que cuando viene el Niño. ¡Ay la alegría que habrá cuando venga! No se piense V. que tenemos muchos cuartos; pero ya rezaremos por Vds.”

No hay remedio. Les habremos de mandar un Niño Jesús a las ovejitas de su rebañito, como ellas se firman.

Pero quiero que sea muy hermoso, eso sí, porque casi se lo merecen aquellas doscientas ovejuelas que claman con amorosos balidos por la venida de su inocente y divino Pastorcillo.

Hoy, a propósito, he visto uno de monísimo, que yo me lo hubiera quedado de buena gana.

Pero ¡diantre! Me han tomado la delantera las jóvenes de otra población que lo tenían encargado hace tiempo.

Bellísimo, divinamente hechicero es ese Niño fundador, como ya le llaman aquellas almas animosas, que, no deseando otra cosa sino ser de Jesús, como lo era aquella zagala suya llamada Teresa, se disponen para hacerle la más tierna y solemne acogida al tenerle en su Compañía, que lo es también de Teresa de Jesús.

Lleva en su mano izquierda el corazón despidiendo llamas de amor, y, colgada de su bracito, trae una cestilla llena, según parece, de corazones.

¡Son los corazones de todos aquellos que le aman con verdadero amor!

¿Estarán también allí dentro los vuestros, mis queridos niños y niñas? Si no lo están, no retardéis ese gusto al divino Niño, pues alarga su manecita derecha como pidiéndoos una limosna, y diciéndoos: “Dame, hijo mío, tu corazón.”

Pero, si no es ese, otro Niño tendrán, casi me atreveré a decir más gracioso, las ovejuelas que con tanta insistencia me lo piden en su carta.

A ver, decidme vosotros si os agrada de la manera que yo le quiero.

El Niño traerá un cayado, conque pueda dar un golpecito a las ovejuelas perezosillas; el cayado estará coronado por una cruz, en cuya punta más alta flotará una bandera, donde se lea: ¡Viva Jesús! Porque este es el grito de guerra del *rebañito del Niño*; acariciada y cogida por un brazo del *Niño* habrá una ovejuela blanca y hermosa, como lo es el alma inocente, que traerá alrededor de su cuello un collar de oro con esta inscripción: *Soy de Jesús*; y, finalmente, allá por el otro lado, feo, negro, asqueroso y abominable, como el mismo demonio, se vea el *negrillo*, que maldecido sea, el cual huirá como espantado y despavorido viendo a su mortal y eterno enemigo y vencedor Jesús.

¿Os gusta, queridos míos, la idea de este Niño?

Y a vosotras, las autoras de la cartita, ¿os agrada también?

Pues alegraos, que muy pronto le vais a tener, porque ya el escultor no le deja de la mano.

Pero, hijas mías, cuidadito con los pies, porque ya os he dicho que en las manos trae un cayado, que si para las buenas ovejitas será caña de azúcar, será vara de fresno, o algo peor, para aquellas que no anden derechas.

Pero esta otra cartita que aquí tengo, es la que os va a agradar más todavía.

Es de una niña... niña, sí, si atendéis al candor y a la inocencia de su alma virginal.

Vamos, curiosillas, para que lo sepáis, quiero deciros que es de una monjita de un convento que está allá lejos, muy lejos, fundado por Santa Teresa de Jesús.

Mirad... ¿No conocéis que la letrita es más hermosa que la que soléis hacer vosotras? Y ved como no faltan en las palabras las aches que vosotras os soléis comer, y ni faltan comas, ni puntos, y hasta interrogantes y todo hay.

Yo le escribía a tal monjita preguntándole como estaban los Niños Jesuses que tienen en aquel convento, y que yo tuve el gusto de ver en cierta ocasión. Y ella me ha contestado, diciéndome:

“¿Con que quiere V. que le diga algo de mis Niños Jesuses? Pues no quede V. desconsolado: todos están sin novedad. Hay días que paso buenos ratos con ellos, y cada uno de ellos me dice una cosa diferente. Si miro al que llamamos *Napolitano*, señalándome el suelo con su manecita, me dice: *Si todo lo terreno pones debajo de tus pies, has conseguido la verdadera humildad*. Si miro al que se intitula *Ascensión*, me dice: *Si desprecias al mundo, demonio y carne, levántate, asciende, sube al cielo*. Si contemplo al llamado *Mi Refugio*, lo primero que me presenta su amante corazón en la mano, y con tierna mirada repite: *¿Ves cuánto amo a mis criaturas? Pues ¿Por qué no me aman a mí? Dame tu corazón, que mientras no sea todo mío, no se satisface mi amor*. Si voy a mi pequeño Niño Carmelo, ya en su cuna, ya en la silla, ya esté en los brazos de su Virgen Madre, siempre está balbuceando un no sé qué, y con la viveza de sus ojitos quiere penetrar el alma. Si había de poner una sola palabra de las que me dice cada Niño, no cabrían en este papel, porque hay más Niños que monjas, y los más son habladorcitos. Sólo diré, que cuando habla el más amado de todos, que es el *Fundador*, todos callan, porque es el más querido, así como porque es el que tiene a su cargo toda la Comunidad.”

¡Esta cartita si que vale por mil, mis queridos niños y niñas!

Recordad bien las palabras que dicen, según la monjita, aquellos *Niños* de su convento, y lograréis ser tan amados y amadas de Jesús, como lo es aquella alma inocente, hoy querida esposa suya.

No, no quiero abriros ninguna cartita más de las muchas recibidas, todas ellas llenas de encarecimientos amorosos y santas peticiones, y parabienes inocentes al Niño Jesús, a su Madre María y al bendito San José.

Pero ¿Qué estáis diciendo ahora? Vamos a ver, hablad; ¿Qué es lo que deseáis, niños y niñas?

¡Así, hombres! Hablad claro. ¿Conque queréis el aguinaldo que os he prometido?

Pues tomadlo, o mejor dicho ya lo tenéis.

Sé que estáis hoy ricos de aguinaldos de esos que satisfacen vuestro apetito y vuestra curiosidad, por cuya razón apenas haríais caso de otro aguinaldo que se les pareciese.

¿Y qué es lo que he hecho yo?

¿Sabéis qué? Escribir para vosotros solos un articulejo, o lo que sea, que os agradase y os hiciese bien, que es lo único que hoy puedo ofreceros.

¿Y esto es el aguinaldo?

Pues ¿No ha de ser? Mirad otra vez su nombre de pila, que es el título que lleva por cabeza, y veréis como se llama, y lo es verdaderamente: *El aguinaldo*.

J. A. y A.

## VILLANCICO DE SANTA TERESA DE JESÚS.

*Veánte mis ojos,  
Dulce Jesús bueno;  
Veánte mis ojos,  
Muérame yo luego.*

### GLOSA.

Vea quien quisiere  
Rosas y jazmines;  
Flor de serafines,  
Jesús Nazareno,  
*Veánte mis ojos,  
Muérame yo luego.*  
No quiero contento  
Mi Jesús ausente,  
Que todo es tormento  
A quien esto siente;  
Solo me ausente  
Tu amor y deseo.  
*Veánte mis ojos,  
dulce Jesús bueno;  
Veánte mis ojos,  
muérame yo luego.*

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre el magnífico y valiente **discurso del Excmo. Sr. Arzobispo de Granada** que pronunció al presentar a Su Santidad los peregrinos españoles. Saboreen y mediten su preciosa lectura, la que adornan sentencias sublimes de la seráfica Doctora traídas con suma oportunidad y maestría. Dice así.

### Santísimo Padre :

Bendito sea el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que ha traído a la primera peregrinación española de nuestros días y a los tres Prelados que tenemos el consuelo y el Honor de presidirla y dirigirlas ante el Vicario de Jesucristo, concediéndonos la dicha inefable de hallarle con perfecta salud en su venerable ancianidad, de verle y con templanza

cara a cara y ofrecerle personalmente un testimonio inequívoco de amor, adhesión y reverencia filiales, y todo esto en un mes lleno de recuerdos gloriosos para nuestra católica España.

Precisamente este mes de octubre comenzó con la fiesta del santísimo Rosario, en que la Iglesia conmemora agradecida la insigne victoria que en las aguas de Lepanto alcanzó de las huestes agarenas la armada cristiana, de la que formaron parte principal los soldados españoles al mando todos de nuestro valeroso capitán D. Juan de Austria. A los pocos días nos trajo la memoria del perfecto modelo de caballeros cristianos san Francisco de Borja, duque antes de Gandía y virrey de Cataluña, y siempre honor de España, y preciado ornamento de la inclita Compañía de Jesús, española también por su egregio fundador san Ignacio de Loyola. Viene luego la fiesta de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, que por concesión de Vuestra Santidad celebran las iglesias de España con rito doble de primera clase y solemnísimas octavas, en cuya mitad nos hallamos; Pilar misterioso erigido en las márgenes del Ebro por la santísima Virgen María cuando aun vivía en carne mortal, para honrar de este modo a nuestra nación y consolar al esclarecido Patrón de las Españas, el apóstol Santiago, prometiéndole que allí permanecería siempre aquel insigne monumento, y que nunca faltarían en torno suyo verdaderos adoradores de Cristo. Vuestra Santidad, en fin, se ha dignado señalar oportunamente para recibir a la devota peregrinación española el día inmediato siguiente a la fiesta de la austera reformadora del Carmelo, de la esclarecida Doctora mística y Maestra consumada en la ciencia de la oración y de los más altos y secretos caminos del espíritu, de la prudentísima virgen española santa Teresa de Jesús.

¡Y en qué circunstancias venimos a Vos, oh Santísimo Padre!... *Cuando se está ardiendo el mundo*, como decía la insigne Doctora del Carmelo, *cuando quieren tornar a sentenciar a Cristo, pues levantan mil testimonios; cuando quieren poner su Iglesia por el suelo*, pues parece haberse conjurado contra ella las potestades del siglo que en todas partes la maltratan y persiguen, y cuando su Cabeza visible sufre cautiva la contradicción y desamparo más acerbos. En circunstancias tan aciagas y en momentos tan supremos, justo y muy debido es que los católicos españoles, en quienes viven santa Teresa de Jesús, se presenten fervorosos ante este sagrado sáculo pontificio y procuren la gloria de Dios y edificar a su Iglesia, consolando con esta prueba de adhesión y de amor al legítimo sucesor y heredero de san Pedro, perseguido y cautivo como el Príncipe de los Apóstoles, y reconociendo a la faz del mundo en esta Santa Sede la piedra fundamental del orden religioso y moral, la columna inmóvil de la verdad que hace sabios y libres a todos los hombres, el supremo ministerio instituido por el mismo Dios para la ilustración y dirección de los pueblos y para la santificación y salvación de las almas. Y a la vez que reconocemos todo esto que forma, por decirlo así, el ápice de vuestra soberanía espiritual y principado religioso, reconocemos y confesamos con la misma entereza cuanto Vos, Santísimo Padre, nos habéis enseñado y hemos repetido los Obispos respecto a vuestra legítima soberanía temporal, esto es, que dicha soberanía y el principado temporal de la Santa Sede son de institución providencial, y que en el orden actual de las cosas humanas, no solo son convenientes, sino necesarias para la verdadera libertad y entera independencia, del Sumo Pontificado. Y porque así lo creemos estamos íntimamente persuadidos de que mientras esta sagrada Cátedra apostólica no vuelva a entrar de lleno en el pleno ejercicio de su soberanía temporal y en la quieta y pacífica posesión de los Estados de la Iglesia, ni el vicario de Jesucristo podrá tener jamás suficientemente garantía su necesaria independencia, ni los pueblos y naciones católicas cesarán de clamar y de hacer manifestaciones y protestas, ni saldrán de esa inquietud, agitación y malestar en que hoy viven desasosegados, y de que son evidentes indicios y públicos testimonios estas y otras peregrinaciones que se han hecho, y las mayores que se harán todavía hasta que el orbe católico vea en completa libertad a su amantísimo Padre y rotas todas las ligaduras y cadenas que pudieran coartarle y oprimirle.

Con estos peregrinos que aquí tenéis presentes, ó santísimo Padre, viene también en espíritu la numerosa muchedumbre de los que en nuestra muy amada patria no han podido venir personalmente, pero que están unidos e identificados con nosotros y se nos unen fervorosos con sus oraciones y buenas obras; y pluguiera a Dios que, en espíritu al menos, viniesen con nosotros todos los españoles, porque a todos se extienden nuestra solicitud y fraternal cariño, sin acepción de personas, cualquiera que sea su grado y condición, incluso aquellas que, como palomas seducidas, han caído ciegas en los lazos de la incredulidad que allí como en todas partes tienden al candor de la fe los textos vivos de la enseñanza panteísta y materialista que suelen pulular en las escuelas, y textos hediondos y corruptores de muchos libros, folletos y periódicos detestables, más ó menos disfrazados de católicos, que diariamente difunden por el pueblo el espíritu de rebelión y de libertinaje que llaman *espíritu moderno*, y

que realmente es el alma de aquel *progreso*, de aquel *liberalismo* y de aquella *civilización moderna*, proscritos solemnemente por Vuestra Santidad.

Pero ya que desgraciadamente no vengan ni estén con nosotros todos los españoles, a lo menos los que en la terrible crisis por que hoy atraviesa el mundo se conservan fieles a nuestro divino Redentor Jesucristo y a Vos, Santísimo Padre, que sois su Vicario en la tierra, y cuando cifran su gloria en ser discípulos de la cruz de Cristo, tan aborrecida hoy por la libertad de la carne y los sentidos, viendo cuán pesada es la que han puesto sobre los hombros de Vuestra Santidad *los que quieren tornar a sentenciar a Jesucristo y poner su iglesia por el suelo*, anhela y se afanan por aliviar cuanto pueden su peso formidable, haciéndose participantes de vuestras penas y amarguras, significadas por Vos, y mostrándose dispuesto, con la gracia de Dios, a pelear y morir, si necesario fuese, en defensa de los derechos de la verdad y de la Religión, que Vuestra Santidad declara y enseña al mundo como infalible oráculo y mantiene incólumes, gracias a Dios, con invicta constancia y fortaleza contra todo poder de las tinieblas, que juzga haber llegado ya la hora suprema de asestar el último golpe a la Iglesia de Cristo, a esta sublime Cátedra del Príncipe de los Apóstoles que le sirve de cimientos.

Mas en días de tan grande contradicción y de tan dura prueba, creen los peregrinos españoles que no basta hacer la simple profesión de la fe que se hacía en otros tiempos, según los símbolos y definiciones dogmáticas de los antiguos Concilios, sino que es preciso además profesar explícitamente una adhesión incondicional, absoluta, a todas las verdades enseñadas por esta Silla Apostólica y por Vuestra Santidad en los diversos actos de su insigne Pontificado, y singularmente en el *Syllabus* de los errores contemporáneos, que tiene extraviados las inteligencias, conturbadas las naciones y socavadas y removidas las bases fundamentales de todo gobierno y toda sociedad: y es preciso también rechazar y abominar estos errores tales como suenan, tales como Vuestra Santidad los ha reprobado y condenado, sin restricciones ni reservas, sin tergiversaciones ni distingos, desde aquellos que niegan la verdad que es en si misma, y la dependencia que tienen de ella todas las verdades, de cualquier orden que sean, hasta aquellos otros peligrosísimos errores que, a fin de que los primeros no siguieran dominando libremente en el mundo, condenó y encerró a Vuestra Santidad en la proposición 80ª del mismo *Syllabus*.

Nuestra insigne española y esclarecida Doctora mística santa Teresa de Jesús decía, hablando de Dios, verdad y bondad por esencia, a quien había contemplado en una de sus más altas visiones y divinos arrobamientos: *Esta verdad que digo se me dio a entender, es en si misma verdad y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta verdad, como todas las demás amores de este amor, y todas las demás grandezas de esta grandeza.*

Nunca mejor que hoy debemos recordar y profesar esta admirable doctrina delante de Vuestra Santidad los peregrinos españoles, pues ella sola condena claramente los errores que privan en el siglo, reducido en suma a la absurda y loca pretensión de romper el sagrado vínculo de dependencia que vio la santa Doctora, y de crear con la solas fuerzas de la razón, emancipada de la *verdad que es en si misma*, una ciencia, una moral, una sociedad, una política y un gobierno sin Dios y contra Dios; delirio tremendo, que aun a los mismos gentiles hubiera espantado, pero que realmente está en el fondo de ciertos sistemas filosóficos, políticos y sociológicos, que han enloquecido tantas cabezas, y que hoy mismo, por desgracia, están corrompiendo la inteligencia y el corazón de los hombres de todas las esferas de la vida individual y colectiva. ¡Qué mucho, santísimo Padre, que la revolución cosmopolita, informada de esa especie de verbo satánico engendrado por el espíritu mismo de la rebelión y de la concupiscencia, establezca y dirija todas sus formidables baterías contra la Iglesia católica y contra su cabeza visible, que tienen todas las verdades, amores y grandezas, de la verdad absoluta, del sumo bien y de la grandeza infinita, y enseñan además que la carne debe estar subordinada al espíritu, la ciencia a la fe, lo temporal a lo eterno, la política a la Religión, el Estado a la Iglesia, y todas las cosas de este mundo al Rey de Reyes y Señor de los que dominan, Cristo Jesús, autor y conservador de nuestra fe, a quien veneramos representado en la augusta y sagrada persona de Vuestra Santidad.

Afortunadamente la Iglesia católica, por más combatida que sea, nada tiene que temer por su existencia, pues tiene promesas eternas, aunque si hartó que llorar sobre muchos que se llaman sus hijos: ahora como siempre, la diestra omnipotente que mantuvo a Pedro sobre las aguas del mar, librá a su navecilla de la recta tempestad que hoy combate, y de cuantos escollos y peligros amenazan. ¿Quién sabe si no es próximo el día en que la verdad, que ahora es patrimonio de almas elegidas, dilate su imperio saludable sobre las muchedumbres en gran parte alucinadas y pervertidas por todas clases de sectas y sectarios, y sobre los mismos

príncipes gobernantes de los pueblos ¿ ¡ Oh ¡ ¡ si a estos llegase la voz amorosa del Serafín del Carmelo cuando pedía a Dios con tiernas ansias *que le diese a entender a lo que están obligados!* ... Acaso la necesidad misma de defender la sociedad contra los que tiran a destruirla, que son precisamente los enemigos de Dios, y de su Iglesia y de esta Santa Sede les decía, mirando puramente la honra y servicio del Señor.

Ya en la nación cristianísima ha comenzado a sentirse como instintivamente, así en el pueblo como en el ejército, esta necesidad cada vez más apremiante, y a proveerse a su remedio con la institución de universidades católicas libres, donde la juventud es preservada del contagio de la depravación intelectual y moral, y apacentada con doctrinas saludables ; y es de esperar que este movimiento regenerador, favorecido por la devoción al sagrado Corazón de Jesús, a cuyo honor está erigiendo una basílica, y a la Inmaculada Virgen María aparecida en Lourdes, donde la hemos visitado y venerado, vaya creciendo cada día hasta que esa nación generosa, acordándose de Clodoveo, de Pipino, de Carlomagno y de san Luis, corresponda fielmente a la misión providencial que parece haber recibido del cielo en pró del Pontificado y de la Iglesia universal. Austria y Hungría guardan todavía como su más preciado tesoro la fe e la tierra, y la piedad resplandece entre sus augustos príncipes como un rayo de esperanza. Hasta en los mismos Estados protestantes parece vislumbrarse los primeros albores de un día feliz y venturoso de nuevos triunfos para el catolicismo. En la Gran Bretaña nuestra Madre la Iglesia católica recibe diariamente en su seno la flor y nata de entre los que nacieron en las tinieblas de la herejía y el error; y acaso no esté lejano el día en que la antigua *Isla de los Santos* sustente una sola grey regida por un solo Pastor. Alemania empieza a gustar, acaso para su mayor bien, los amargos maldecidos frutos del racionalismo y panteísmo que ha enseñado al resto de Europa y difundido por el mundo; y aunque en estos mismos días está dando a beber a la Iglesia católica el amarguísimo cáliz de la pasión, terminado que sea este periodo terrible de dolorosas pruebas y de combates gloriosos para la Religión y para aquellos hermanos nuestros que cual valerosos atletas se defienden, el Señor coronará sin duda sus valerosos esfuerzos, no solo con las palmas y coronas que les guarda allá en el cielo, sino además tornando en copiosas bendiciones y gracias espirituales a favor de la patria alemana las muchas opresiones y trabajos que ahora sufren con heroica paciencia y fortaleza invicta tantos ilustres defensores de la fe de Cristo y de los derechos de su Religión y de su Iglesia.

Bien quisiéramos, Beatísimo Padre, seguir consolando a Vuestra Santidad con nuevas y más dulces palabras; pero nuestro ánimo se siente asaz desfallecido viendo lo que sucede aquí alrededor de esta misma Cátedra sagrada; y acordándonos de nuestra patria muy amada , donde tantas y tantas ruinas morales y materiales ha logrado acumular la revolución en el espacio de cuarenta años, y especialmente en esos últimos; donde se ve rota y tirada por el suelo la unidad social de nuestra santa fe católica, franqueadas al error nuestras costas y fronteras, y abiertas en nuestras ciudades capillas y escuelas protestantes, que a la vez que son centros de herejía y perversión, se empieza a conocer hasta por los más alucinados que lo son también de rebelión y de antiespañolismo; donde permanecen cerrados todavía y en su mayor parte destruidos tantos y tantos institutos y casas religiosas, en cuyo sagrado recinto se albergaron siempre las letras y las artes, y se formaron tantos tan esclarecidos varones que con profundo saber y heroica santidad han edificado al mundo y llenando de gloria y esplendor a nuestra muy amada España; donde... pero no; no queremos hablar más sobre esto, Beatísimo Padre, porque todavía no es tiempo de hablar el en que nos encontramos, sino de gemir y llorar como el profeta Jeremías sobre las ruinas ensangrentadas y humeantes de Jerusalén y del Templo, y de orar y pedir al Señor noche y día que salve a nuestra España, y con ella y por ella a todas las naciones católicas: vendrán tiempo de hablar, y entonces hablaremos; y si nosotras no hablamos, hablarán pronto con terrible elocuencia los pavorosos acontecimientos que se preparan y presienten en el mundo. Vuestra Santidad conoce muy bien toda la extensión y profundidad de nuestros males, y no tenemos necesidad de referirlos, aunque sí la tenemos, y muy grande de consuelo y de esperanza; y precisamente una de las cosas que más nos han impulsado a emprender esta larga y penosa peregrinación, es la necesidad que sentimos todos de ser confirmados y confortados por Vos, oyendo de los labios de Vuestra Santidad la expresión de la fe que vence al mundo, de la esperanza que eleva al hombre al cielo, y de la caridad que le une a Dios inflamado y transformado.

*Loquere, Domine, quia audit servus tuus.* Hablad, pues, ó Santísimo Padre, porque el pueblo católico español, vuestro hijo predilecto representado en esta devota peregrinación, os escucha con ansia. Hablad Beátísimo Padre, porque sabemos y creemos que oyéndoos a Vos

oímos al apóstol san Pedro, de quien sois legítimo sucesor, y al mismo Jesucristo, del que sois verdadero Vicario. Hablad, Señor amantísimo Padre nuestro, la verdad a vuestro pueblo, porque estamos todos hambrientos de verdad, pues se han disminuido tanto las verdades entre los hijos de los hombres, que una grandísima parte de ellos muriéndose está de inanición en las hórridas tinieblas de la duda y del escepticismo. Y después que no hayáis hablado y enseñado con amor de Padre y con autoridad de maestro infalible, los españoles que aquí nos encontramos y cuantos se han unido en espíritu a nuestra peregrinación, os pedimos y suplicamos postrados a vuestros pies, que os dignéis bendecir con bendición Apostólica, no solo a nosotros y a las personas y cosas que nos pertenecen, sino a todos y cada uno de los hijos de la hidalga nación española, de cualquier clase y condición que sean, desde lo más elevado hasta lo más humilde, y de cualquier partido y opinión que sean, pues son hermanos y compatriotas nuestros; y queremos que les bendigáis a todos: a los buenos para que crezcan en la virtud y perseveren en el bien hasta la muerte; y a los malos para que se conviertan y sean iluminados por la fe la gracia de Nuestro Señor Jesucristo. Nosotros en cambio, Beátísimo Padre, prometemos solemnemente a Vuestra Santidad estar siempre adheridos a esta Cátedra sagrada, columna y firmamento de verdad; crecer y confesar cuanto ella nos enseñe, practicar cuanto nos mande, y reprobado y condenar cuanto ella repruebe, condene y anatematice; y prometemos asimismo pedir a Dios incesantemente que colme a Vuestra Santidad de toda clase de gracias, dones y carismas del cielo, y que se digne prolongar vuestra preciosa y ya larga y prodigiosa vida hasta que veáis el nuevo y esplendente triunfo de la Iglesia, y podáis repetir antes de cerrar los ojos a la luz de esta vida con el anciano Simeon : *Nun dimittis tuum, Domine , secundum verbum tuum in pace; quia viderunt oculi mei salutare tuum.* - Amen. - Así sea. - He dicho

## NUEVAS INSTALACIONES DE LA CONGREGACIÓN TERESIANA

Es una bendición de Dios lo que pasa con la obra de la Santa.

Ya no solo es Alicante, Forcalí, Catí, Ares, Medinasidonia, etc., etc., donde se halla establecida, sino que luego se hallará también en Balaguer, Yecla, Valladolid y otros puntos. Cada día hallamos más en falta el corto espacio de que puede disponer nuestra Revista, pues solo para dar cuenta de las fiestas y obsequios que se hacen a la Santa de nuestro corazón, no bastan las páginas de que podemos disponer. Tengan, pues paciencia nuestros lectores y más nuestras lectoras si no ven luego descritas con todos sus detalles las hermosas y solemnes funciones que consagran a Jesús en obsequio de su Teresa.

**Vilallonga.**- El día de santa Teresa de Jesús instalóse con gran pompa nuestra querida Congregación en este religioso pueblo, el segundo, a no engañarnos, que en nuestra Archidiócesis ha izado la bandera de las Hijas de María y Teresa de Jesús, y creemos con fundamento que la sostendrá con gloria, merced al celo de su digno Cura Párroco y la decisión de las jóvenes católicas de aquel lugar. A pesar de caer la lluvia a torrentes, la fiesta de la Santa se celebró con Comunión general concurrentísima, Misa con música, y por la tarde Trisagio cantado con exposición de su divina Majestad y sermón, renovando las promesas del santo Bautismo todas las de la junta, y concluyéndose con la reserva y Gozos de la seráfica Doctora. No ha transcurrido más que un mes, y se cuentan ya 442 jóvenes alistadas bajo la enseña inmaculada de María y Teresa de Jesús, y confiamos que todas se apresurarán a ingresar en esta arca de salvación.

**Alicante.**— Copiamos del Semanario católico de dicha ciudad:

«*Archicofradía de Jóvenes católicas Hijas de María y de santa Teresa de Jesús*».

“Bajo tan glorioso dictado se inauguró el día 15 del actual, en la iglesia de religiosas Capuchinas de esta ciudad, día propio de la esclarecida Virgen y doctora de nuestra España santa Teresa de Jesús, la Asociación que tan extendida se halla por toda Cataluña y otras provincias y de que aquí carecíamos.

Por demás solemne y conmovedor fue el acto de la instalación, a pesar de la premura del tiempo y de los escasos recursos con que se contaba: dio principio manifestando a su divina Majestad, siguió después la imposición del escapulario azul a las de la Junta, renovación de las promesas del Bautismo, dicha por el señor Vice-Director de la asociación y repetida por

aquellas en alta voz y teniendo un cirio encendido en las manos; siguió luego el cuarto de hora de oración, práctica especial de las Hijas de Teresa, preces a la santísima Virgen, a san José, a su amada Patrona, terminando con la reserva y bendición con Jesús sacramentado.

Mucho desearíamos ver esta devoción tan propagada en Alicante como en su cuna, Tortosa, donde cuenta más de 800 asociadas, y no dudamos que las católicas jóvenes de nuestro país, secundando los deseos de las fundadoras, acudirán presurosas a imitarlas, puesto que, para tan gloriosa filiación, tampoco les impone ningún sacrificio ni más obligación que cumplir con exactitud sus deberes de cristianas.

El Abad de nuestra Colegiata, D. Francisco Penalva, es el Presidente de esta Asociación, quien verá con religioso y santo entusiasmo formar parte de su gremio a las jóvenes de esta Ciudad.”

## **LA HERMANDAD JOSEFINA**

Empieza á dar sus frutos de salud esta sencilla Asociación espiritual para hombres exclusivamente, establecida canónicamente en ésta de Tortosa, con aprobación de sus estatutos por nuestro celoso Prelado. El domingo 26 de noviembre con motivo de ser la fiesta de los Desposorios hubo misa de Comunión general que celebró el señor Obispo. Fue un espectáculo altamente consolador y que abrió el corazón a hermosas esperanzas el ver unos doscientos hombres de todo estado, clase, edad y profesión, acercarse a recibir el Pan de los ángeles de manos del sabio Prelado con su medalla de san José pendiente del cuello con una cinta blanca y verde. Por la tarde, expuesta su divina Majestad, se cantó un solemne Trisagio, predicando sobre el poder y amor del santo Patriarca el Pbro. D. Mariano García, concluyéndose con los gozos, reserva, y admisión de nuevos hermanos. En el altar, adornado con buen gusto, destacábase una hermosa imagen de san José de talla, obra del acreditado escultor D. Ramón Cerveto, viéndose además a su derecha la imagen de la Purísima Concepción de María, y a su izquierda a santa Teresa de Jesús, benjamina y secretaria de san José. No podemos menos de felicitar a los Josefinos por el testimonio solemne y rara vez visto qua dieron de su fe en aquel memorable día, recordándoles para alentarles a proseguir en su noble empeño las palabras que al despedirse de ellos les dirigió lleno de satisfacción nuestro virtuoso Prelado: “Perseverad y aumentad en número y gracia todos los días”.

## **LA FIESTA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN EN NUESTRA ESPAÑA**

En todas las ciudades, villas y aldeas han celebrado con gran fervor y entusiasmo la de nuestra incomparable Patrona los buenos católicos españoles, en especial sus hijas de la Inmaculada Concepción. Extensas reseñas recibimos de muchos pueblos que han rivalizado en fe y entusiasmo por honrar a su Madre: las Hijas de María y Teresa de Jesús la han obsequiado en Tortosa con solemne Novena con música, sermón todos los días, y Comunión general concurridísima el día de la Purísima y el domingo infraoctava, asistiendo por la tarde nuestro celoso Prelado.

Vuelta a funcionar la Juventud católica de Madrid y provincias, recibirá nuevo incremento la devoción a este dulcísimo misterio, el más amado de María, y confiadamente creemos que con Teresa de Jesús compatrona de las Españas ha de regenerar a nuestra nación.

Tiempo es ya que María Inmaculada y Teresa de Jesús oigan nuestro más ferviente deseo, expresado en el Reglamento de las Jóvenes católicas con estas palabras: «España tiene una juventud católica de jóvenes: hagamos para que haya en España una juventud católica de doncellas. Así la obra será completa y España se regenerará.»

## GRACIAS

### Que se piden a santa Teresa de Jesús, y se recomiendan a las Oraciones de sus devotos

El triunfo de la Iglesia, la libertad de Pio IX, la prosperidad de nuestra España. La nueva fundación de Carmelitas descalzas de Ledesma. El Doctorado de santa Teresa de Jesús. La terminación pronta del nuevo Palomarcito de la Virgen en *Jesús* de Tortosa. La Compañía de santa Teresa de Jesús. La Archicofradía de Jóvenes católicas. El Rebañito del Niño Jesús de Teresa. Cuatro nuevas fundaciones. La organización perfecta de los católicos.

### RETIRO MENSUAL – Día 15 de enero

**Virtud.-** Acierto en la elección de cabezas para la organización de los católicos.

**Máxima.-** Excelentes espaldas se hacen la gente determinada a arriscar mil vidas por la gloria de Dios y desea que se les ofrezca ocasión. Más hacen unos pocos de perfectos que muchos que no lo estén. (*Santa Teresa de Jesús*).

**Reflexiones.-** Una de las cosas que más deseaba la Santa para el buen régimen de la obra de su Reforma era que las cabezas estuviesen conformes, y que fuesen gente de buen entendimiento. Esto es lo esencial en la organización de los católicos si no ha de ser cosa estéril. Que las cabezas sean lo que deben ser, católicos prácticos, de buen entendimiento, ánimas animosas o reales, en una palabra valiéndonos de las expresiones de la gran organizadora de las fuerzas católicas de su siglo, Teresa de Jesús. Léase el Camino de Perfección, y se verá allí desarrollado su plan con algunas indicaciones oportunísimas a nuestro caso. No se ha de buscar en el número el secreto de nuestra fuerza, sino en la unión perfecta de los que han de mover la multitud.

Pidamos, pues, con gran instancia durante este mes al Niño Jesús que una los corazones en torno de su pesebre, inspirándoles su celo por la salvación de las almas, su espíritu de sacrificio y de amor por la gloria del Padre. Ofrezcámosle una Comunión durante este mes, y repitámosle todos los días la siguiente

**Oración.-** Divino Jesús, que viniste al mundo a traer la paz a los corazones de buena voluntad, une las voluntades de todos los católicos en tu amor para que trabajen unidos en promover con mayor acierto tus intereses.